

el río Rubagón con su trazado curvo y pedregoso, hasta que se confunde con el río Pisuerga, cerca de Aguilar de Campóo. Por el cauce del río Rubagón he llegado a las inmediaciones de Barruelo de Santullán, me he encontrado con pescadores de resbaladizas truchas y he cogido avellanas, endrinas y moras a orillas del río. He recorrido veredas y pistas forestales en el Monte Allende, donde he recogido bellotas y he escuchado el ruido producido por animales, como testigos involuntarios de mi presencia, y he estado donde, según algunos habitantes de Brañosera, habita y anida el urogallo, pero no he avistado ningún ejemplar de esta especie gallinácea. Bajo este monte se extienden las profundas galerías de las minas de carbón con su entrada en las inmediaciones de Barruelo de Santullán. Qué paraje tan bello.

En mis paseos por carretera he disfrutado la tranquilidad de La Pedrosa, monte de robles centenarios donde anida el búho real, trepan y dan saltos ágiles ardillas y sirven de cobijo y protección a corzos y rebecos entre los que es posible avistar algunos ejemplares, en las noches de luna llena, cuando cruzan pausados la carretera. Por un camino forestal, paralelo a la carretera que discurre por La Pedrosa entre espesos matorrales, he llegado al alto de Ojapero, en cuya cima se alzaba una cruz enhiesta de piedra tallada a martillo y cincel, que un día fue derribada por un vendaval, irrespetuoso y violento.

Por la carretera que sale del cementerio y llega a Espinilla, he subido al Alto de Grullos donde la Sierra de Híjar se transforma en llanura en forma de pradera con abundantes pastos. Desde este Alto, como excelso mirador, he admirado el paisaje y a Brañosera con sus casas de piedra arenisca y techos de tejas rojas. En el Alto de Grullos, Brañosera se contempla tal como es, más largo que ancho y protegido y vigilado por su Sierra de Híjar.

Me considero feliz porque he experimentado tantas e intensas sensaciones, como me han brindado Brañosera y su hermoso paisaje de montes y praderas, de cumbres excelsas que configuran un valle tranquilo por cuyo fondo fluye el río Rubagón; un paisaje que habitan diversas especies de animales salvajes y en cuyos pastizales pace el ganado del pueblo en sana armonía con rebaños de ovejas de Extremadura. He conocido también fiestas, tradiciones y costumbres entrañables y solidarias como el Día de la Borrega, Día del Torreón, Recorrido de la Mojonera y las Fiestas de San Roque, Santo patrón del pueblo, y he participado y me he divertido en algunas. Casi todas tienen carácter pagano, excepto la Fiesta de San Roque y la peregrinación al san-

tuario de Nuestra Señora del Carmen, pero todas presentan características comunes relacionadas con la gastronomía y la diversión.

Finalmente, he descubierto un pueblo, en que no creía, y me considero afortunado, pues este pueblo, que ya es el mío, ha hecho posible que me conozca mejor, que sea más sensible y que admire, en justa medida, el ambiente bucólico y pastoril que le caracteriza, pero sin que deje de apostar por el progreso y el bienestar de sus gentes; en definitiva, me ha hecho posible que sea más humano. Puedo afirmar, con orgullo, que Brañosera estará siempre presente en mi corazón. Mis padres están entusiasmados, pero algo alarmados ante el cambio de actitud que he experimentado. Mi padre está sorprendido gratamente por mi cambio de actitud hacia Brañosera y mi madre se muestra escéptica, aunque en el fondo se siente muy feliz por mi transformación.

He comprobado que la felicidad reside en la sencillez de las personas, en la belleza de un pueblo, en la humildad y humanidad de sacrificados pastores que pasan tres meses del año lejos de sus familias, y en la contemplación de animales que pastan serenos sin que se alteren por la presencia de personas a su lado. Benditos viajes que me han hecho posible descubrir y disfrutar del “paraíso” que este pueblo noble y hermoso representa para mí. Sin pretenderlo, como consta en la Carta Puebla, he “buscado el paraíso”, como los primeros habitantes de Brañosera, y tengo la dicha de que lo he encontrado.

Cuando terminé la lectura, el profesor irrumpió en un aplauso al que se sumaron los compañeros de clase, excepto dos *urbanitas* que, sentados en el mismo pupitre, musitaron que mi narración había dejado *olor a boñiga*, pero no tardaron en disculparse en medio de un gran abucheo.

Al final de clase, el profesor se detuvo unos instantes conmigo; me felicitó y alabó de nuevo mis buenas dotes para la narrativa. Le comenté mi interés en un proyecto de investigación sobre la historia del conde Munio Núñez y Brañosera. Le pareció bien mi pretensión, pero me dijo que era muy joven y carecía de formación suficiente para mi proyecto, aunque mi pretensión fuera modesta. Sin embargo, me animó para que comenzase algunas pesquisas de documentos de cuya lectura podría obtener una primera información que me animara a que abordase, en el futuro, una investigación seria y rigurosa como tesis doctoral. Me sentía pletórico de alegría y con esta sensación llegué a casa, donde mis padres me recibieron con expectación. Comenté con ellos lo sucedido en el colegio y se emocionaron, en especial mi madre a la que se le

derramaron algunas lágrimas. Antes de sentarnos para la cena, me pidieron que les leyese mi redacción, cuyo contenido mi madre no conocía. Cuando terminé la lectura mi madre se fundió en un abrazo conmigo, me felicitó y me dijo que debería “visitar con más frecuencia Brañosera que nos había hecho tan felices a los tres”; mi padre compartió sus palabras y me expresó que me consideraba digno heredero de su cariño y entusiasmo por el pueblo donde nació y en el que transcurrió su feliz niñez.

SEGUNDA PARTE



**HISTORIA DE BRAÑOSERA
Y DEL CONDE MUNIO**

CAPÍTULO TERCERO

“La historia es la novela de los hechos y la novela es la historia de los sentimientos”

Claude-Adrien Helvetius
Filósofo francés

20

Había superado el sexto curso de Bachillerato y estaba a punto de comenzar las vacaciones de verano, que tenía previsto dedicar al estudio de la historia de Brañosera y del conde Munio Núñez; me había propuesto conocer de manera más rigurosa la narrada por mi padre, cuyos conocimientos había adquirido por tradición oral y con la lectura de algunos recortes de prensa que tenía archivados en su despacho. Tenía claras las ideas y no carecía de ganas y estímulos para afrontar un reto apasionante, pero no debería olvidar las palabras de mi profesor de literatura española. Sabía qué deseaba hacer, pero no tenía claridad sobre la metodología a seguir como investigador bisoño.

Para solucionar mi problema me puse en contacto por teléfono con mi profesor de literatura española, que no había comenzado sus vacaciones estivales; le expuse mi problema y me respondió con palabras que me parecieron oportunas y esclarecedoras: *“Munio, todo proceso comienza por el principio; te aconsejo que consultes a un experto en historia medieval para que te recomiende bibliografía que puedes encontrar en bibliotecas públicas o privadas y en librerías especializadas”*. Le agradecí sus palabras, le deseé, de nuevo,

felices vacaciones y cuando dejé el teléfono me vino a la memoria un amigo de mi padre, catedrático de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid, cuya especialidad no conocía.

Comenté mi problema con mi padre y se puso en contacto telefónico con su amigo; le informo sobre el motivo de su llamada y observé que realizaba algunas anotaciones en su agenda y pensé que sería para una reunión con su amigo, aunque podría ser con mi padre o con ambos. Mi padre me aclaró que eran amigos de cuando eran estudiantes de Bachillerato y que su amigo deseaba entrevistarme en su casa. Pasados algunos días, me recibió y se sorprendió, porque posiblemente esperaba un universitario y no un imberbe estudiante de Bachillerato. Estuvo atento y comprensivo conmigo y me dejó claro que era especialista en historia contemporánea, pero que podría ofrecerme algunas orientaciones que me serían de utilidad para que diera comienzo a mi proyecto de investigación. Me felicitó por mi elección de un tema que consideraba interesante desde el punto de vista histórico y porque mi padre había nacido en Brañosera; pero estimaba que mis pretensiones eran demasiado ambiciosas, para mi edad y formación. Me aconsejó que comenzase mi proyecto con una primera visita a la Biblioteca Nacional, donde podría recabar información sobre su dotación bibliográfica relacionada con mi proyecto; añadió que era conveniente que mantuviera una conversación con un catedrático de historia medieval en la Facultad de Filosofía y Letras, al que le unía una estrecha amistad, y concertaría una primera entrevista con él, a comienzos del curso. Finalizamos la conversación y salí convencido de que había emprendido el camino correcto. Cuando regresé a casa, mi padre me regaló un libro que me apresuré a desempaquetar y hojear; su autor era Fray Justo Pérez de Urbel y su título *Historia del Condado de Castilla*. Me sentía en condiciones de abordar mi proyecto de investigación por el principio, como me había recomendado mi profesor de literatura española.

Al día siguiente, fiel a la recomendación del catedrático amigo de mi padre, realicé mi primera visita a la Biblioteca Nacional, situada cerca de la residencia de mis padres. Hice el trayecto a pie para disfrutar un placentero paseo matinal y, cuando me situé de frente al docto edificio, me sentí sobrecogido, porque no disponía de otra experiencia parecida que la visita a mi colegio cada día lectivo para asistir a clase. Accedí al vestíbulo, solicité información al conserje y, con amabilidad, pero con expresión de sorpresa, incluso de asombro, me indicó la sala de archivos.

Alcancé la *meta* con facilidad y realicé una consulta a una funcionaria que prestaba servicios en el departamento de archivos. Era una señora de edad avanzada, con aspecto que no supe distinguir si de resabida o resabiada y con gafas a media nariz que hacían que su vista pareciera desenfocada. Le informé sobre mi pretensión investigadora de forma entre cautelosa y tímida y, cuando finalicé mi exposición, se ajustó las gafas, me miró de arriba abajo y realizó un gesto muy elocuente de su opinión sobre mí; es posible que, tras observar mi rostro imberbe y escuchar mi voz atiplada, se preguntara qué hacía un estudiante de Bachillerato como yo recabando información sobre historia medieval en la prestigiosa Biblioteca Nacional. Tuvo la delicadeza de acompañarme a la sala de ficheros bibliográficos y me dio indicaciones sobre su manejo adecuado. Comenzaba mi tarea como investigador en la Biblioteca Nacional ilusionado, pero abrumado por la seriedad y el silencio que se palpaban en aquel ambiente, claramente distinto a mi bulliciosa clase en el colegio. No atribuí importancia a la reacción extraña de la bibliotecaria que, seguramente, estaba acostumbrada a recibir consultas de investigadores serios, rigurosos y más entrados en edad que yo.

Aunque era mi primera visita a la Biblioteca Nacional, dediqué casi tres horas a la consulta de ficheros, tanto por autores, como por materias. Comencé tratando de localizar el libro de Fray Justo Pérez de Urbel, que me había regalado mi padre, y lo encontré pronto: *Historia del Condado de Castilla*; también encontré otro libro del mismo autor, titulado *Fernán González, el héroe que hizo a Castilla*, pero no referencias bibliográficas sobre Brañosera y el conde Munio Núñez. Para no caer en desaliento, recordé un consejo del catedrático, amigo de mi padre: “*en todo momento deberás dar muestra de gran paciencia, pues la tarea que te propones acometer y el tema que has elegido te van a exigir que hagas uso de esta preciada cualidad*”. Me sentí animado y me dirigí al depósito de libros, pedí el segundo a la bibliotecaria, me senté en la sala de estudio y di comienzo a su lectura; me llevé la sorpresa que Fray Justo había nacido en un pueblo de la provincia de Burgos, no lejos de Brañosera, y había sido catedrático de Historia de España Medieval. Según el prólogo del libro, era una autoridad en esta materia.

Esperaba encontrar en este libro información sobre el conde Munio Núñez y Brañosera, pero tras finalizar su lectura me sentí defraudado, porque no hallé ninguna alusión a dichos nombres. Me desanimé tanto que me planteé arrojar la toalla, pero cuando me repuse consideré que era prematuro hacerlo.

Cuando regresaba a casa, como si fuera una premonición, recordé las palabras de un profesor de mi colegio que se había enfrentado a la ardua tarea de elaborar una tesis doctoral: *“Munio, te animo a que inicies tu proyecto aunque seas investigador prematuro, pero, mediante mi experiencia del doctorado, aprendí que la labor investigadora, aunque se realice con fines modestos, debe ser afrontada como un proceso que requiere gran sacrificio, es prolongado en el tiempo y puede ocasionar que el investigador experimente altibajos e incluso estados de frustración que, necesariamente, debe superar”*. No escaseaba en recomendaciones, consejos y advertencias que consideraba útiles, pero no tenía experiencia como investigador. Me pregunté si habría *comenzado por el principio* mi proyecto de investigación, que consideraba cada vez más difícil de realizar.

Interrumpí algunos días las visitas a la Biblioteca Nacional para reflexionar sobre el método que debería seguir en mi proyecto y no comencé a leer el libro que mi padre me había regalado, ante el temor a sentirme defraudado de nuevo. Planteé el problema a mi padre y me recomendó que procediese a la lectura de documentos que había recopilado durante varios años y guardaba en su archivo como un tesoro. Accedí a su recomendación y puso a mi disposición su base documental, modesta, aunque bien ordenada; me recomendó que no extraviase ningún documento, ni alterase el orden que mantenían en el archivo. Realicé una primera y rápida lectura de los documentos que me habían suscitado mayor interés y me pareció que, por fin, estaba en la dirección correcta. Con su lectura más reposada comprobé que la historia que mi padre me había narrado durante el viaje en tren, de forma apresurada y con recesos en cada estación, podría serme de utilidad para continuar la tarea que había emprendido. Mediante la información recabada, elaboré un esquema de los principales acontecimientos como punto de partida para afrontar el estudio de la historia de Brañosa y del conde Munio Núñez de manera más ordenada y rigurosa que la narración de mi padre.

En estos documentos comprobé el lugar y la fecha de nacimiento del conde Munio Núñez; las circunstancias históricas de la fundación de Brañosa; el espíritu que contenía la Carta Puebla y los privilegios del Fuero; el papel importante de los monasterios en la repoblación de Castilla; las fuentes principales de información histórica y, sobre todo, llegué a la conclusión de que me resultaba ineludible el conocimiento de la historia de la primera etapa de la Reconquista durante la que vivió el conde Munio Núñez. Para progresar en

mi proyecto disponía de algunos trabajos especializados escritos por expertos en el tema y otros documentos menos rigurosos en su metodología y su contenido, aunque podrían ser de utilidad para que completase algunos aspectos sobre la historia de Brañosa, pues estaban firmados por autores interesados en conocer y divulgar su historia, aunque sin pretensiones de historiadores profesionales. Por otro lado, la lectura de algunos libros y documentos de contenido científico me ayudó a identificar algunas referencias bibliográficas que trataría de encontrar en el Departamento de Historia Medieval de la Facultad de Filosofía y Letras.

Pasado un tiempo, ya estaba en posesión de más información sobre mi proyecto de investigación y visité, de nuevo, la Biblioteca Nacional. En su recepción saludé al conserje que me había ayudado en mis comienzos en la Biblioteca y me dirigí a los archivos donde saludé a la enigmática bibliotecaria que se manifestó sorprendida por mi renovada presencia. Ya me consideraba experto en trámites administrativos y realizaba consultas como veterano investigador de la Historia; pero comprobé pronto que la Biblioteca Nacional adolecía de falta de información sobre el tema que me ocupaba. Tras más de tres horas de trabajo minucioso salí con síntomas de hastío y con resultados bastante pobres.

Regresé a casa de paseo, para que mi mente ofuscada se aclarara las ideas, tras un descanso necesario y merecido, pero me resultaba imposible evadirme del tema que me preocupaba, incluso me obsesionaba. Había entendido mejor que, según palabras de un profesor del colegio, *“la búsqueda de información es la labor más ardua que debe realizar un investigador, sea cual sea el tema objeto de estudio”*.

En casa, mis padres se interesaron por mis pesquisas en la Biblioteca Nacional y, con semblante de circunstancias y expresión apagada, me limité a decirles que me había ido bien, sin más explicaciones. Mi madre prosiguió con sus quehaceres y mi padre tuvo el gesto de animarme: *“no te preocupes, Munio; estoy seguro que superarás este bache en la elaboración de tu proyecto de investigación, pero es posible que estés pecando de impaciente; hay que dar tiempo al tiempo”*, me manifestó con su optimismo desenfadado cuando se enfrentaba a dificultades. Sus palabras fueron el mejor remedio contra mi desazón, pero no impidieron que fuera a dormir intranquilo, aunque lejos de sentir frustración. Tuve dificultades para conciliar el sueño, porque no cesaba de pensar en el método para la elaboración de mi proyecto y evaluar los

resultados obtenidos hasta ese momento; se me ocurrió que mi impaciencia podría ser mi peor enemigo y debía contactar con el Departamento de Historia Medieval de la Facultad de Filosofía y Letras; recordé el ofrecimiento del catedrático amigo de mi padre y recurrí a su ayuda, una vez comenzado el curso. Mi padre se puso en contacto con él para expresarle mi deseo y tan pronto como pudo me invitó a que le acompañara al Departamento y me presentó a un profesor especialista en historia medieval cuya orientación consideraba determinante para que tratase de aclararme las ideas y para que continuase más seguro con mi ardua y lenta tarea como investigador aficionado.

21

Recuperé el equilibrio emocional en beneficio de la convivencia en familia. En el colegio me sentía más seguro como estudiante de preuniversitario con miras puestas en la Universidad, pero continuaba sin tener claros los estudios universitarios que pronto tendría que comenzar. Mis padres se mostraban partidarios de que realizara los estudios de Derecho para que aprovechara los conocimientos y la experiencia de mi padre, pero me atraían, cada vez más, los estudios de Historia, seguramente influido por mi incipiente y modesta actividad como investigador y porque mi padre con su involuntario método de exclusión me había dejado claro que no estudiaría ni Derecho ni Economía, pero mi elección no podía demorarse mucho tiempo.

Cada noche, antes de dormir, me entretenía en la lectura de un libro, casi siempre una novela histórica; sentía aversión a las novelas de fantasía sin que importara el tema tratado. Una noche cambié la novela por un documento sobre el proyecto que traía entre manos y, aunque su lectura me resultaba pesada y aburrida, no me inducía al sueño, sino todo lo contrario. Tenía que levantarme a la hora de costumbre para ir al colegio y pedí a mi madre una infusión de tila que tomé sin que estuviera templada y me sumergí en un sueño, es posible que profundo y placentero, porque me desperté como si regresara de otro mundo.

En efecto, había estado en otro mundo, como comprobé a medida que mi mente se despejaba. Había sentido algo que jamás me hubiera imaginado y no podría dar credibilidad a lo que me había sucedido, si no hubiera sido fruto de un sueño muy extraño. De muy lejos me llegaba la voz cálida y pausada del